

Suscripciones:

En Murcia,
50 cts. al mes
Provincias,
8 reales tri-
mestre.
Pago adelan-
tado.

LA JUVENTUD LITERARIA

Se publica los Jueves y Domingos.

Anuncios.

Se reciben
en la Admi-
nistración de
este periódico
Comunica-
dos, á precios
médicos.

Año II.

Murcia 21 de Marzo de 1889.

Núm. 25.

Anuncio-tarjeta y periódico 4
reales al mes.

Número suelto 25 céntimos.

Redaccion y Administracion

APÓSTOLES 11, BAJO.

Colaboradores todos los suscri-
tores.

La correspondencia al director.

La Juventud Literaria.

LA VIDA AMOROSA

EL EQUIVALENTE

I

Era la víspera del día de año nuevo. Aún con las mejillas rosadas á causa del delicioso vinillo, consejero de locuras, que habían bebido en el restaurant—pues habían tenido el capricho de comer en uno de ellos, en gabinete particular—Elena de Córtes y la baronesa de la Línea, hablaban en el fondo de una platea de un teatro por horas.

Una escapatoria, como se vé, de la casa conyugal.

Para que fuese completa, las dos mundanas, que habían desertado de los salones en que hizo asiento el aburrimiento, se guardaban muy bien de llevar los trajes correctos casi sombríos, de tonos oscuros, que recomienda la decencia. No. Sus vestidos eran de vivos colores; el brazo desnudo salía de la manga estrecha, que se detiene en el codo; y un penacho de plumas vistosas sobre el sombrero pequeño, en el que revolotea un pajarillo de todos los matices del iris.

Les divertía mucho que se las tomara por un par de horizontales.

La impertinencia con que las miraban los gemelos de todas las butacas, les agradaba en extremo.

Nada más tentador como comprometerse á medias, cuando no puede sobrevenir daño alguno y siempre se está á tiempo de volverse atrás.

Las gatas blancas conocen este placer; avanzan la mano hácia el arroyo, retirándola inmediatamente.

De esta suerte estaban las dos amigas sumamente satisfechas, con esa vaga emoción en el corazón,

que es un refinamiento del goce por el sentimiento de un poco de imprudencia.

Había, pues en su conversación de cuebicheos, interrumpidos sólo por risotadas, el abandono casi tierno del «boudoir» en que se hacen dulces confidencias.

—¿Regalos?—dijo la de Córtes —¡Ah! sí; cajas, copas de esmalte, estuches, ramos y tocados los bibelots del mundo sobre las mesas, sobre los sillones, hasta sobre el piano. El año último, el salón estaba tan lleno de ellos, que me fué necesario abrir mi alcoba para depositar allí las ofrendas, algunas de las cuales fueron metidas aun debajo de las almohadas.

—¿Para acercarlas al altar?

—¡Vaya una locura! Pero, sí; en el momento de dormirme, sentí que una cosa dura me desgarraba la piel.

—¡Virgen santa! Un pliegue de batista es para mí un suplicio.

—Era un jarroncito de plata cincelada. Durante ocho días guardé la señal en la espalda, una herida entre azul y rosa.

—Y ¿qué ha dicho tu marido?

—¿De la herida?

—Sí

—¡Ah! tonta. Acaso se deja á los maridos que nos miren la espalda. Por otra parte—añadió la de Córtes, mostrando sus dientes blanquísimos—estoy segura que hubiera creído la causa de la herida.

—¿Quién te regaló el jarroncito?

—El Sr. de Perales ó el vizconde de Argelia, no estoy cierta.

No pudieron las dos amigas evitar de reirse; una junto á la otra, sus bocas parecían dos rosas que se querellaban.

—Por lo demás—repuso la señora de Córtes.—no me agradan gran cosa los regalos. ¿No hay algo de humillante al recibirlos en tan gran

número? No podré admitir que se acepten sin inquietarse de devolverlos. Por lo que á mí toca, me he impuesto la regla, de la que no me separó en ningún caso, de dar siempre «el equivalente» de lo que he recibido.

—¿Qué me dices?

—Es un principio. Y hay principios que cumplo con todas mis fuerzas.

—No lo dudo. Pero, en fin, creo que esa conducta debe ponerte á veces en graves aprietos. Y á propósito, ¿has devuelto el jarroncito?

—Curiosa eres; te diré sin embargo, que si lo he devuelto. Además, no me has comprendido bien. He dicho: el equivalente; no he dicho: la misma cosa. Así, supón que el vizconde Argelia me trae un cofre de cristal lleno de bombones de azúcar.

—Ya está supuesto.

—Pues, bien, á otro, tiendo al vizconde una de mis pequeñas manos desguantada, él la besa y quedamos pagados.

—Empiezo á comprender tu pensamiento. Pero, ¿y cuándo recibas uno de esos maravillosos ramos de magnolias, que impregnan el «boudoir» de todos los cálidos perfumes de una estufa?

—Me inclino, con demasiada complacencia, descotada, en una conversación de baile, hácia el que me envió el ramo, y te aseguro que después sale debiéndome todavía perfumes.

—Acabaras. No obstante, no siempre sucederá lo mismo y con igual facilidad. Verdad es que regularmente sólo nos ofrecen dulces y flores; pero ¿y cuándo nos hacen presente de un brazalete, de unos pendientes ó de un collar de perlas?

—En este último caso, nada más sencillo. A fuerza de coquetearías y de filtraciones mentirosas, encorbo

